

La Isla Tranquila

de

Mo de la Fuente

© Mo de la Fuente, 2014. Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización expresa del propietario del copyright.

Nº de Registro de Propiedad Intelectual: SA-339-14

Diseño Cubierta: Javi de la Fuente

<http://ojalapaula.blogspot.com.es/>

<https://www.facebook.com/mo.delafuente>

Twitter [@ModelaFuente](#)

Para mi hermano, que me enseñó a crecer

“Si quiero estar bien algún día, tendré que ganármelo”

Cartas Cruzadas, de Markus Zusak

“We all float down here!”

It, by Stephen King

Capítulo 1

El rojizo atardecer se estira despacio, como un gato tras la siesta, convirtiendo en espectáculo el cielo que cubre la pequeña isla adormilada, ansiosa de oscuridad que la despeje del sofocante calor del día. Apenas un par de nubes blancas y esponjosas han osado ocultar el sol durante escasos instantes, obligando a los turistas a alzar sus miradas preocupadas y volverlas después, ya tranquilas, hacia la playa donde los hijos juegan en el agua, sus pieles se broncean y algunas penas desaparecen al ritmo del discreto oleaje. Los barcos han ido vomitando personas en cada llegada para, más tarde, volverlas a engullir, arrastrando neveras portátiles, bolsas de supermercado que llegaron hinchadas y vuelven escuálidas, flotadores, bronceadores, sombrillas y algún sueño de vejez tranquila, mientras el incipiente ronroneo de la vuelta al trabajo se va volviendo insoportablemente insistente a medida que la plana silueta de la isla se aleja en el horizonte.

Los que quedan son pocos: algunos visitantes que pernoctan en el único hotel de la isla, los escasos privilegiados que ocupan las viviendas de alquiler y los aún más escasos locales que se refugian en sus casas hasta que parte el último barco, y el mar, el viento, los gatos y las gaviotas. Poco peso para ese pedazo de tierra envuelto en agua.

Cuando el sol, por fin, desaparece dando paso a una noche estrellada, el alma de Tabarca respira la fresca brisa del negro mar que la rodea, permitiendo el sueño tranquilo de sus habitantes a los que mece en su profunda calma. Sin embargo, esta noche la pequeña isla se resquebraja con una voz de mujer quien, en sueños, grita un nombre, y la angustia de ese alarido recorre como una serpiente cada piedra, cada muro, cada gruta y cada roca que asoma al mar.

Capítulo 2

Hernán oculta la cabeza entre las manos, evitando el azul horizonte que se extiende ante su mirada. Se siente mareado y humillado: mareado a causa del maldito mar y humillado debido a sus errores. El último caso, tiene que reconocerlo, resultó un completo desastre. Si no hubiera estado pensando en Blanca todo habría sido distinto, pero hay cosas que no se pueden evitar. Aún ahora le cuesta aceptar la decepción, el engaño y, por encima de todo, el ser consciente de que no es capaz de olvidarla. Cada mañana su primer pensamiento es de Blanca, maldice el recuerdo de su piel, el olor de su cuerpo. ¡Joder!, añora su coño humedecido, los pezones duros entre sus dientes, la boca entreabierta pidiendo algo más, algo que él nunca encontró. Extraña su risa y la forma de su cintura entre sus manos mientras bailaban. A Blanca le encantaba bailar; a veces se despertaba en mitad de la noche y hacían el amor; otras, le pedía al oído que bailase con ella. Habría hecho cualquier cosa por no perderla.

Las ganas de vomitar aumentan con cada balanceo del barco y los gritos de los niños que corretean por la cubierta no mejoran su dolor de cabeza. Tampoco ayuda el que la noche anterior se hubiese bebido una botella entera de vino, pero los recuerdos habían sido especialmente dolorosos. A finales de Junio, tres años atrás, había conocido a Blanca y, de repente, aquellos días se colaron sin aviso tras la cena solitaria en su apartamento. Desde el sofá contemplaba la luna, y la brisa entraba sigilosa inundando la casa de olores familiares. Entonces la echó tanto de menos que creyó que se rompería. Puede que beber no fuese la mejor opción pero, desde luego, no parecía tan mala como la de asomarse al balcón y dejarse caer cuatro pisos hasta el suelo. Aunque quizá la segunda hubiera sido más productiva. *Muerto el perro, se acabó la rabia*, murmura Hernán entre dientes ante la mirada sorprendida y asustada de un chaval de pelo tan rubio que parece blanco. No se molesta en devolverle una sonrisa tranquilizadora. *¡Qué le den por culo!*, piensa. El muchacho parece escuchar sus pensamientos porque no tarda en correr hasta el nido paterno y en un idioma, que Hernán supone alemán, comienza a lloriquear a la vez que el padre, tan rubio como el niño, lanza miradas reprobatorias en dirección al inspector. Hernán oculta de nuevo la cabeza entre las manos, no va a pelearse con un tipo que mide más de dos metros. Bastante tiene con intentar llegar a su destino sin llenar el apestoso barco de vómito y babas. Tendría su gracia desembarcar en el trozo de tierra que ya vislumbra y presentarse ante la autoridad competente como un completo cerdo, mal dormido y pestilente. En su fuero interno, le da lo mismo. El exceso de vino no ha conseguido atenuar el exceso de Blanca. Quizá es hora de irse acostumbrando a esta nueva vida, llena de ausencia y repleta de hastío.

El perfil de Tabarca se va acercando y ahora Hernán observa el que será su hogar hasta nuevo aviso. Espera encontrar pronto a la chica desaparecida, porque ya se ahoga ante la visión de tanto mar y tan poca tierra que pisar. Ha leído que la isla no llega a los dos kilómetros de extensión y que, durante el invierno, apenas si está habitada. Unas doce familias pasan sus noches y sus días recluidos en la nada. ¿Cómo puede ningún ser humano soportar tanto tedio? Ojalá el caso se resuelva pronto y bien, y los jefes se vean obligados a acogerlo entre sus brazos, enviándolo de nuevo a su ciudad desbordante de gente desconocida, de tráfico, de contaminación, de cines y restaurantes. A la ciudad donde Blanca ya no está pero también la que conserva su esencia.

Los críos, casi todos parecen alemanes, chillan aún más, si eso es posible. La llegada a su destino se puede tocar con la mano y eso los excita. Hernán tiene que sujetarse la cabeza para no caer desplomado. Espera que la bienvenida no se alargue. Desea tumbarse en la habitación del hotel cuanto antes. No espera gran cosa pero lo único que necesita en estos momentos es una cama y un baño donde poder volcar el estómago entero.

Suena el pitido del barco y los turistas comienzan a recoger bártulos, dispuestos a invadir la isla en pocos instantes. Cargados de mochilas, sombrillas y flotadores, esbozan una sonrisa que parece idéntica en todos los semblantes. Si se colocaran en fila, su bocas formarían una perfecta ondulación continua, una sinuosa y feliz serpiente. El único que desentona en tan jubiloso ambiente es Hernán, que no se ha levantado impaciente ante el final del trayecto, sino que continua en la misma posición intentando mantener la compostura. Hasta que el barco no pare, no piensa moverse de allí. No sabe con certeza quién lo estará esperando en el embarcadero, aunque reza para que sea un hombre de pocas palabras. Por fin el barco para sus motores y Hernán deja que la marabunta vaya saliendo para después levantarse. Al hacerlo, el mareo se acentúa y ha de sujetarse en el respaldo de las sillas que va encontrando a su paso. Una bocanada de aire caliente le da la bienvenida al infierno, acompañada de una intensidad lumínica que le taladra el cerebro a través de los ojos. Ha olvidado las gafas de sol, una buena idea teniendo en cuenta que las probabilidades de ver un cielo nublado sobre la isla deben de ser de un uno por ciento. Con el ligero equipaje en una mano baja las escalerillas que lo libran del odioso ir y venir de la mar. Ya en tierra firme, echa un vistazo alrededor en busca de su embajador en Tabarca. Por allí solamente quedan un par de chavales repartiendo menús de los restaurantes cercanos. Emprende la marcha hacia la isla, no sin antes cargarse de papeles con precios y fotos de platos que incrementan sus ganas de vomitar. Se para al final del puerto, temeroso de abandonar la techumbre que lo resguarda del sol. Si no viene nadie a buscarlo tendrá que caminar sin rumbo hasta encontrar el hotel. No será difícil teniendo en cuenta las cuatro casas que ve desde donde se encuentra. Cuando está a punto de perder la paciencia y la escasa energía que le permite mantenerse en pie, aparece un policía que llega corriendo y levantando polvo a su paso. Lleva el uniforme de verano, con su camisa azul y su pantalón corto del

mismo color. A Hernán, a pesar de su lamentable estado, le entran ganas de reír ante lo que parece más un niño al salir del colegio que todo un señor policía. La sensación se acentúa aún más cuando el hombre, moreno y bien esculpido, se acerca al inspector con la lengua fuera. Un hoyuelo en cada mejilla, la nariz cubierta de pecas y unos ojos que derraman inocencia permiten apreciar al crío que fue años atrás.

—Inspector Villanueva, ¿verdad? —pregunta, con la respiración entrecortada por el esfuerzo.

—El mismo —contesta Hernán. ¿Quién más puede ser sin bañador y sin la estúpida sonrisa de turista?

—Lo siento, señor. Tuve que atender a una mujer que tenía un ataque de ansiedad y...

—Está bien. El deber es el deber —contesta el inspector acallando una carcajada. *Menuda cantidad de trabajo deben de tener por aquí. Estos se ahogan en un vaso de agua. Una mujer con ansiedad... ¡vamos!,* piensa Hernán.

—Gracias, señor, por ser tan comprensivo.

Hernán echa a andar delante del policía. No quiere que vea su sonrisa. Pero este tipo, ¿de dónde ha salido? Habla como si estuviera en el siglo XIX. En silencio llegan hasta el hotel y el policía entra para hablar con el recepcionista. Parece que todo está en orden, así que el hombre acompaña a Hernán hasta la habitación, seguidos del policía que continúa sin tener nombre. Hernán ni se ha molestado en preguntarle.

—Pues aquí está —dice el recepcionista.—Es la mejor habitación que tenemos, inspector. Vistas al mar, aire acondicionado y, si lo desea, podemos subirle el desayuno. En todo caso, tenemos abajo una espléndida terraza. Usted dirá.

—Bien, muchas gracias. Ya le avisaré. Ahora, si no les importa, necesito descansar un rato y ponerme al día con el caso.

—Sí, claro. Lo que necesite, inspector, estoy a su disposición —dice el recepcionista dejando la estancia.

Hernán echa un vistazo al lugar y no puede ocultar su sorpresa. Pensaba encontrar una pensión de mala muerte, pero el sitio es increíble. Con una decoración minimalista y una cama coronando la habitación y pidiéndole a gritos que se deje acunar entre las sábanas, Hernán abre la ventana y el mar, de repente, parece entrar en la estancia. El olor salado se le pega a los labios y a la piel, y los tejados de las casas bajas que pueblan la isla, junto con la inmensidad azul al fondo, salpicada por algún que otro velero, muestran un escenario idílico que, por primera vez en mucho tiempo, le permite atisbar en qué consiste en realidad la vida. Pronto, sin embargo, vuelve a la realidad: no está aquí de vacaciones. Cierra la ventana y se dirige a al policía.

—¿Cómo se llama? —pregunta Hernán.

—Raúl, señor. Raúl Bru.

—Está bien, Raúl. ¿Hay alguna novedad?

—No, señor, ninguna. La chica sigue sin aparecer y...

—Está bien. Ya nos pondremos al día. Ahora, si no le parece mal, necesito descansar. Deme su móvil y en cuanto esté listo le llamo.

—Bien, aunque tengo que decirle que a veces aquí no hay cobertura.

—Vaya, y ¿dónde está el puesto de policía? Digo por si no puedo contactar con usted.

—Aquí al lado, en un lateral de la plaza. Puede preguntarle a Ramón, el del hotel. Él le indicará.

—Bien, Raúl. Nos vemos en un rato.

—Está bien, señor. A sus órdenes —dice el policía para cerrar de inmediato la puerta.

Hernán, sin esperar más, corre hacia el baño y vomita todo lo que llevaba esperando salir de su estómago. Después, se tumba sobre la cama y se duerme.

El chillido de las gaviotas despierta al inspector quien, mientras se despereza, comienza a ser consciente de que hacía meses que no dormía sin sobresaltos. Pero la tranquilidad le dura unos instantes al darse cuenta de que no sabe cuanto tiempo lleva dormido. El móvil, reposando en la mesilla de noche, le comunica que lleva en la cama más de cuatro horas. El estómago, demasiado vacío, le ruge. Se mete en la ducha y se viste antes de llamar a Raúl. Como bien había dicho el policía, la cobertura es inexistente. Decide bajar a la recepción y ver si le pueden preparar algo de comer. Ramón, sentado a la mesa de trabajo, frente al ordenador, le saluda amablemente.

—¿Ha logrado descansar, inspector?

—Como hacía tiempo —contesta Hernán, esbozando una sonrisa de satisfacción.

—Es lo que tiene la isla. Pues espere a la noche. Eso sí que es paz. En cuanto se vayan los turistas y las gaviotas se echen a dormir, no oírás ni a una mosca. Una pena que no esté de vacaciones, ¿verdad?

—Desde luego.

—Nunca nos había pasado nada parecido. Una desaparición...pobre muchacha. Y la madre... destrozada —dice Ramón apesadumbrado.

—Es difícil desaparecer en un sitio así.

—Yo diría que imposible. Pero bueno, los adolescentes... Quizá cogió un barco y se fue. Son imprevisibles.

—Es una posibilidad. ¿Podría comer algo? Es que la siesta me ha despertado el apetito.

—Por supuesto. ¿Qué le apetece? ¿Una ensalada o algo más fuerte?

—Hambre, desde luego, tengo.

—Pues no se hable más. Le preparo unos huevos y unas tiras de bacon.

—Y la ensalada —añade el inspector.

—Eso está hecho. Siéntese donde quiera —dice Ramón, señalando las mesas dispuestas en el salón.

Hernán se acomoda junto a un ventanal que se asoma a una gran explanada salpicada de palmeras y, como no, el mar de fondo. Coge un periódico y se dedica a ojear, sin mucho interés, las noticias. Ramón, para hacer más leve la espera, le acaba de poner una caña bien fresquita que hace que el inspector se sienta como un rey. Después de todo, el castigo de los jefazos no va ser tan duro.

Mirando al mar, vuelve a aparecerse Blanca, pero esta vez su recuerdo parece atenuado por el resto del paisaje. Hernán menea la cabeza pensando si lo que necesitaba era, sencillamente, una cura de tranquilidad. De nuevo tiene que recordarse que no está de vacaciones. Ramón aparece con los platos y Hernán los ataca con ganas. El recepcionista le echa un ojo de vez en cuando y sonríe satisfecho. Al terminar, Hernán sale a fumar un cigarrillo y el calor desbarata de repente toda la serenidad que había ido acumulando. Apura el cigarro con prisas y vuelve al fresco del salón.

—La comisaría, ¿por dónde queda? —pregunta.

—Aquí al lado. Junto a la plaza. Yo le indico —contesta Ramón a la vez que deja su puesto para salir con él hasta la puerta. —Esa es la plaza, ¿ve? Pues el puesto de la policía está justo ahí —dice señalando el comienzo de una pequeña calle. —No tiene pérdida. Aquí nada la tiene. Bueno, quiero decir...

—Sí, entiendo lo que quiere decir —dice Hernán, y se encamina hasta el puesto intentando, sin éxito, buscar alguna sombra. Llega sudoroso, a pesar del cortísimo trayecto. La puerta está cerrada, así que llama con los nudillos, pero nadie responde. Vuelve a intentar contactar con Raúl a través del móvil, sin éxito.

—No están —dice una niña a su espalda. Es delgada, morena y va descalza. —Están en *El Chiqui*.

—¿Cómo? —pregunta Hernán.

—Ahí —dice señalando un bar. —Usted es el policía que viene a buscar a Clara, ¿a que sí?

—Pues sí, ese soy yo. ¿Cómo te llamas?

—Nerea —contesta la cría.

—Bonito nombre. ¿Conoces a Clara?

—Sí, es amiga de mi hermana. Bueno, del verano. Vienen todos los años y...

—¿Tu eres de aquí?

—Sí, vivo aquí. Adiós —dice de repente, sin dar más opción a Hernán que encogerse de hombros y dirigirse al bar, donde encuentra a Raúl acompañado de una mujer vistiendo idéntico uniforme.

—Buenas tardes, Raúl y compañía —dice Hernán.

—Buenas tardes, señor —contesta un azorado Raúl levantándose de la silla casi de un salto.

—Buenas tardes, inspector —añade la mujer sin moverse ni un milímetro.

—Usted debe de ser Mónica, ¿me equivoco?

—En absoluto. Soy policía de la isla, como Raúl

—Encantando, entonces —dice Hernán, tendiéndole la mano que Mónica estrecha con fuerza.

—¿Ha descansado, señor? —pregunta Raúl con ese nerviosismo que parece no abandonarlo.

—Ya lo creo. Quizá no debería decirlo: se supone que estoy trabajando pero hacía tiempo que no descansaba tan bien.

—Es que la isla... —comienza a decir Raúl.

—Sí, ya me ha explicado Ramón. Bueno, pues ahora habrá que empezar a hacer algo¿no?

—Lo que usted diga, señor —contesta Raúl.

—Está bien —dice Mónica, consultando el reloj.

Hernán la mira suspicaz. Parece que a la señorita no le ha gustado que el inspector haya dedicado media tarde a descansar y que ahora tengan que hacer horas extra. *No sabe con quién ha ido a dar esta cría*, piensa Hernán, mientras un conato de ira comienza a hacerle mella en el estómago. Los huevos y el bacon dan un par de vueltas amenazando con dar la lata.

La comisaría, si a ese cuarto de apenas diez metros cuadrados se le puede denominar así, está prácticamente vacía. No hay pilas de papeles repartidas entre estanterías o tiradas por el suelo. Un par de mesas enfrentadas con sendos ordenadores y unas cuantas carpetas de colores que, a primera vista, parecen vacías. Ni una sola referencia al caso que lo ha traído hasta aquí, *pero ¿qué han estado haciendo? ¿esperando a que llegara mientras se tomaban unos mojitos en el bar?*, piensa Hernán. No es cuestión de comenzar con enfrentamientos, aunque tiene claro que si tiene que ponerse recto con el equipo, lo hará. *Tiempo al tiempo*, se dice.

—Voy a encender el aire acondicionado, señor —dice Raúl, solícito.

—Sí, será mejor —dice Hernán secándose el sudor que le cae por la frente.

—No le va el calor, ¿no? —pregunta Mónica con una sonrisa de autosuficiencia que hace que el estómago de Hernán vuelva a avisarle de que se ha excedido comiendo.

—Pues no, soy más de frío —farfulla el inspector.

—Sí, ya se nota —dice la compañera, mientras coge una carpeta de color rojo que lleva escrito en la portada “Clara. Desaparición”. —Aquí tenemos recogido lo poco que hemos podido averiguar. Hemos interrogado a familiares, a amigos y hemos preguntado por la isla, en los restaurantes, a la gente... pero nada de nada, parece haberse esfumado.

—Pues parece difícil en un lugar como éste —dice el inspector.

—Raro sí que es, pero no hay nada imposible —contesta Mónica.

Hernán se sienta en una de las sillas y comienza a leer los papeles que le ha entregado su compañera. La chica lleva tres días desaparecida. Es demasiado tiempo, según la experiencia de

Hernán en estos casos. Salió de casa al amanecer con su panda de amigos. Iban a bucear a la cala Cap de Rat. Su intención era pasar el día fuera. Habían llevado bocadillos y una nevera con bebidas. Según los compañeros de Clara, ésta discutió con Alberto, un amor de verano, y dijo que se iba a la cala Escull Forat, en el lado opuesto. Nadie volvió a verla. Su madre dio el aviso a la mañana siguiente.

—¿Por qué esperó tanto la madre para avisar de la desaparición? —pregunta Hernán.

—Pensaba que había dormido en casa. Los chavales aquí vuelven tarde a dormir. Se quedan en la puerta de San Miguel o en Cala del Francés. Llevan música y esas cosas. Los padres duermen tranquilos porque aquí nunca pasa nada. Hasta ahora —contesta Raúl.

—Así que pensó que su hija habría vuelto de madrugada y...

—Cuando se levantó por la mañana la cama estaba sin deshacer y no había rastro de Clara. Llamó a todos sus amigos que le contaron lo que había pasado.

—¿Y el móvil? Supongo que tendrá uno, ¿no?

—No hay rastro —contesta Raúl—. En la casa no lo encontramos. Hemos llamado insistentemente al número pero, nada, no hay respuesta.

—Tendré que hablar de nuevo con todos, amigos y familia. Y ver esas calas. ¿Podemos ir ahora? —pregunta el inspector mirando directamente a Mónica.

—Lo que desee. Estamos a sus órdenes —contesta ésta con cierto retintín.

Hernán obvia el tono y se pone en pie, dispuesto a la marcha. El sol va cayendo y dejando a la isla respirar, lo que a Hernán le permite guardar su pañuelo y olvidarse del molesto sudor. Atraviesan el pequeño pueblo donde sus habitantes charlan animados a las puertas de sus hogares. Saludan a los policías a su paso y miran a Hernán de arriba a abajo. Tras dejar la ciudadela y atravesar la pequeña playa, los tres inician el camino hacia *El Camp*, una extensión de terreno sin habitar, reserva de la flora mediterránea, que a Hernán le parece un erial con cuatro chumberas y matojos resecaos por el calor. En aquella planicie, sobresalen tres edificios: una especie de pirámide truncada, las ruinas de una casa y el faro. Raúl le explica que la primera es la Torre de San José, utilizada como prisión durante el siglo pasado; que los restos pertenecen a una casa de labranza y añade, con orgullo, que el faro fue el primero que se construyó en Valencia. Bajan con cuidado hasta la *Cap de Rat*, donde la pandilla de Clara fue a hacer submarinismo. Hernán casi pierde el equilibrio al poner el pie sobre un suelo que se hunde bajo su peso. Al observarlo parece un decorado de película. Raúl, ante su sorpresa, le explica que es el colchón de hojas secas que deja la *Posidonia oceánica*.

El inspector observa la cala. Un lugar relativamente visible desde arriba, de fácil acceso aunque plagado de rocas. —Aquí es difícil nadar, ¿no?

—Hay que venir preparado para entrar pero, una vez sorteadas las piedras, es una maravilla.

Siempre hay poca gente —explica Raúl. —A los chavales, y no tan chavales, les encanta venir con los tubos. Se pueden ver muchas especies marinas.

—Está, de todas formas, muy a la vista. Quiero decir que cualquiera podría haber visto algo que... —comienza a decir el inspector.

—Pero tiene que haber alguien mirando y aquí, dependiendo de la época e incluso de la hora del día, es más que improbable toparse con nadie. Los chicos vinieron al amanecer. A esa hora estarían completamente solos —añade Mónica.

—La verdad es que en la isla es difícil encontrarse con nadie hasta que llegan los barcos y los turistas —apunta Raúl.

—¿Y los pescadores? —pregunta Hernán.

—No ha hecho sus deberes, inspector —dice Mónica con esa sonrisa de superioridad que hará que al final Hernán pierda los nervios.—En Tabarca está prohibido pescar. Toda la costa es zona protegida, una reserva marina. Se puede mirar, pero no tocar.

—La única persona que podría haber estado a esas horas por aquí es Mitch —dice Raúl pensativo.

—Sí, tienes razón. Mitch suele bajar a esas horas aunque... —comienza a decir Mónica.

—¿Mitch? No parece de la zona —dice Hernán en un intento de bromear. Mónica lo mira por encima del hombro.

—Es un inglés que lleva con nosotros ya unos cuatro años.

—Cinco —dice Raúl.—Ya es como si fuera tabarquino.

—Y ese tal Mitch, ¿cómo ha venido a parar a un lugar como éste? —pregunta Hernán, mirando alrededor la escasez de espacio de Tabarca.

—Vino de vacaciones y se enamoró de la isla. Decidió quedarse a vivir. Trabaja en algo... no sé, con ordenadores. Tiene una casa preciosa en la otra punta de la isla. Seguro que es millonario —dice Raúl, suspirando.

—Es un encanto de hombre: siempre sonriente, amable, un poco solitario. En verano suelen venir sus hijos, un par de chavales dispuestos a no darle tregua. Yo creo que a veces lo supera la situación, no está acostumbrado —añade Mónica.

—Pero esos críos lo adoran, ¿eh? Si pudieran yo creo que se vendrían a vivir con él —dice Raúl.

—Pobre Mitch, le daría algo, te lo digo yo —dice Mónica.

Hernán asiste a la conversación con impaciencia. No es normal que se enfrasquen en disquisiciones acerca de la vida de un posible sospechoso como si fueran dos viejas que han salido a tomar el fresco. Intenta hacerles ver que se está hartando pero ambos siguen con sus elucubraciones.

—Me parece genial lo de ese Mitch, su vida y milagros —dice cortante el inspector. Raúl parece

replegarse contra sí mismo, intentando convertirse en nada y desaparecer. Mónica le mira a los ojos sin ápice de vergüenza.

—Disculpe, inspector. Ya sabemos que el tiempo es oro pero aquí las cosas tienen un ritmo distinto. Usted mismo lo ha podido comprobar hace unas horas —dice Mónica, refiriéndose a la siesta del inspector.

Hernán aprieta los puños haciendo un esfuerzo casi sobrehumano por no arrancarle la cabeza a la mujer que tiene delante.

—Mónica quiere decir... —intenta arreglar Raúl.

—Sabe lo que quiero decir, Raúl. El inspector es una persona inteligente y...—añade Mónica.

—Comprendo perfectamente lo que nuestra “querida” compañera ha querido decir —contesta Hernán.

—Bien, pues todo aclarado, podemos continuar —añade Mónica, dándose la vuelta y dejando a los dos hombres boquiabiertos.

—Lo siento, inspector —dice Raúl en voz baja.—Es una excelente policía, aunque a veces... bueno, tiene bastante carácter.

—¿Carácter? Lo que tiene es muy mala hostia, Raúl, y como siga así tendré que llamarle la atención. No me va a quedar más remedio —murmura Hernán.

—Es mejor no llegar a eso, inspector. Tenemos que trabajar juntos y Mónica... bueno, puede ser bastante... Pero no he conocido mejor persona que ella, eso sí.

—¿Estás seguro? Me da que no tiene un grupo de amigos muy amplio, ¿no?

—De verdad, inspector. Es muy íntegra, muy generosa y lo da todo, créame. Es una gran amiga.

—Pero para llegar a estar entre sus elegidos... eso debe ser complicado, ¿verdad? —pregunta Hernán.

—No se crea. Lo que pasa es que de primeras... es algo desconfiada y no le gustan mucho las novedades. Que venga gente nueva... le cuesta.

—¿Seguimos trabajando o ya no estamos de servicio? —grita Mónica desde la otra punta de la cala.

Hernán suelta un suspiro y se encamina, junto a Raúl, hasta donde se encuentra la mujer.

—¿Se ha investigado esta zona? Por si hubiera alguna... —comienza a preguntar el inspector.

—Raúl y yo hemos estado aquí y en la otra cala, buscando alguna pista, algo que nos encaminara en alguna dirección, pero nada —dice la policía.

—Quizá habría que haber acordonado la zona —apunta el inspector.

—No podemos hacer eso —dice Raúl.

—¿Por qué?

—Sería terrible para la isla. El turismo... se supone que este lugar es el más tranquilo del planeta

y si viene la gente y ve cordones policiales... —dice Raúl.

—Me dan igual los turistas. Una muchacha ha desaparecido, así que ese primer puesto a la tranquilidad que tenía la isla se ha esfumado; no se puede engañar a la gente —contesta Hernán muy contrariado.

—Tiene razón, inspector —dice Mónica.—Pero hable con los jefes. De Alicante nos ordenaron que las investigaciones debían de ser discretas. Hemos hecho todo lo posible para que nadie baje a la cala. ¿Ve allí? —dice, señalando un cartel.—Hemos colocado ese y otro en la cala opuesta.

Hernán se acerca hasta donde le ha indicado Mónica. “Prohibido el acceso. Zona peligrosa”

—Fue lo único que se nos ocurrió —dice Mónica.

—Bueno, se le ocurrió a ella —corrige Raúl. Mónica hace un gesto con la mano como restando importancia al asunto.

—Han hecho bien. Dadas las circunstancias poco más se puede hacer. La chica ha desaparecido pero no podemos pensar que esta cala, o la otra, sean escenarios de un crimen. Y si los jefazos no quieren mojarse pues... ¡qué cabrones!, tendría que ser la hija de alguno de ellos. Ya veríamos como cambiaban las cosas entonces.

—Es verdad, inspector, pero hay otras razones: la gente de Tabarca solamente trabaja estos meses. Si ahora se reduce el turismo, ¿de qué vivirán en invierno? —dice Raúl.

—Ya, lo entiendo, pero ¿y si hay alguien secuestrando niñas por ahí? Será mejor aclarar esto rápidamente y si nos ponen obstáculos, en fin... la cosa puede alargarse y al final todos perderíamos. Pero, sobre todo, esa niña y su familia. Eso es lo único que tenemos que tener en cuenta, Raúl. Hay que olvidarse de la isla. Nuestro único objetivo es devolver a Clara a sus padres.

—Su madre —dice Mónica.—El padre desapareció hace unos años.

—¿Qué pasó? —pregunta Hernán.

—Dicen que se fue con otra —contesta Raúl.

—¿Dicen? —pregunta Hernán.

—No lo sabemos con certeza —contesta Mónica.

—Pues tendremos que preguntárselo a la madre. ¿Y si el padre ha vuelto a buscarla?

—Es verdad, podría ser una posibilidad —dice Raúl, acariciándose el mentón, como si la idea se le hubiese ocurrido a él mismo.

Echan un vistazo a la cala llamada Escull Forat, donde los amigos de Clara dijeron que había ido tras la discusión con su novio: una cala pedregosa, como la anterior, y algo más escarpada, aunque el acceso tampoco parece excesivamente complicado. Desde la parte superior algunas zonas quedarían ocultas si a algún paseante se le hubiese ocurrido pasar por allí, pero, por lo que le habían dicho, era bastante improbable que nadie hubiese pasado por el lugar aquella mañana. *Improbable, pero no imposible*, piensa el inspector.

A la vuelta, el sol ya ha comenzado a desaparecer en el horizonte, el aire es más fresco y el cielo parece estar hecho de seda, con un azul que por momentos se vuelve blanco. Hernán inspira hondo y, a su pesar, se da cuenta de que podrá soportar una temporada en este lugar remoto.

La casa de Clara tiene la puerta abierta, como todas las demás. Las llaves no tienen sentido en un lugar donde las gentes siempre mantienen abiertas sus vidas. Los peligros de la ciudad no existen; no hay robos, ni asesinats. Todos se conocen. La fresca oscuridad los recibe y al inspector le cuesta acostumbrar la vista, pero finalmente logra distinguir un amplio salón que se abre hacia el resto de la vivienda. Una luz se enciende y los tres policías se encuentran con una mujer de unos cincuenta años, pequeña, morena y enjuta. Los surcos que atraviesan sus mejillas son la prueba de la desesperación.

—Buenas tardes, señora León. Soy el inspector Villanueva —se presenta Hernán.

—Buenas tardes, inspector. Hola Raúl, Mónica... gracias por venir. Yo... ya no sé qué hacer. Mi niña... —y entonces comienza a llorar. Mónica se acerca y le coloca la mano sobre el hombro. No dice nada, no hay nada que decir, pero el contacto de otro ser humano la va calmando.

—No voy a decirle que comprendo cómo se siente, señora, porque sería mentir —comienza el inspector cuando el llanto de la mujer ya es un débil gimoteo.— Y supongo que volver a hablar de ese día, es difícil, pero tenemos que intentar encontrar a Clara lo antes posible. Cuanto antes nos pongamos en marcha, antes conseguiremos dar con ella.

—Por favor, inspector, tráigamela. Es lo único que tengo —dice la mujer mirándolo con unos inmensos ojos negros, humedecidos ahora por la tristeza.

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano. Pero he de ser sincero: no puedo prometer nada.

—Inspector, Clara es... bueno, dígame qué quiere saber —dice la señora León.

—Cuéntenos lo que sepa sobre su desaparición —dice Hernán.

La mujer les relata la misma historia que le han transmitido previamente sus compañeros.

—Al menos eso es lo que me contaron los chicos—dice la mujer, terminando su relato.

—¿Y no les cree? —pregunta el inspector.

—Sí, claro que sí, ¿por qué iban a mentir? —pregunta nerviosa la señora León.

—No sé, ¿desde cuándo los conoce?

—A algunos desde siempre. Llevamos viniendo a esta casa toda la vida. Perteneecía a mis padres y cuando murieron, mi hermana y yo la heredamos. La adcentamos y venimos siempre a pasar el verano. Clara se queda aquí desde que acaban las clases hasta que vuelven a empezar.

—¿Sola? Quiero decir... no sé si usted trabaja...

—Sí, pero cuando termino mis vacaciones, toma el relevo mi hermana. ¡Dios! Menos mal que no ha ocurrido todo esto cuando estaba con ella. No habría podido... —las lágrimas comienzan a

correr de nuevo por sus mejillas.

—Entonces, usted conoce bien a sus amigos —continúa Hernán.

—A todos no. Ya sabe, siempre viene alguien nuevo, pero a la mayoría sí. Los he visto crecer junto a mi hija.

—Está bien. Mónica, por favor, cuando acabe de hablar con la señora León, haz un listado de los amigos de Clara, los que son nuevos y los que no.

Mónica hace un gesto de asentimiento, esta vez sin ninguna intención. Está concentrada en el interrogatorio del inspector y pendiente de la mujer. A Hernán comienza a quebrársele la capa de enemistad que ha ido construyendo en el último par de horas.

—Siento tener que preguntarle esto: ¿dónde está el padre de Clara?

—No lo sé. Nos abandonó cuando la niña era muy pequeña. Nunca quiso saber nada de ella —contesta la mujer, sorprendida.

—¿Le ha llamado?

—¿Llamado? No, por supuesto que no. Ni siquiera sé donde vive. Se largó con una empresaria diez años mayor que él pero hasta arriba de dinero. No le gustaban ni las responsabilidades ni trabajar, así que lo tuvo claro. No hemos mantenido ningún contacto y, según las últimas veces que alguien comentó algo sobre él, vivía en el extranjero. En Francia, creo.

—¿No es posible que Clara, sin que usted lo supiese, haya contactado con él? Ya sabe, a veces, a pesar de que nos ignoren, buscamos eso que no hemos podido tener.

—No lo creo. Pero, ¿quién sabe? Uno cree conocer a sus hijos pero al final se da cuenta de que nadie sabe nada de los demás, ¿verdad? —reflexiona la mujer.

—¿Ha tenido problemas con Clara? —pregunta el inspector.

—Supongo que los normales con una niña de esa edad. ¿No tiene hijos, inspector?

—Pues, no...

—Entonces no tiene idea de lo que es pasar del cielo al infierno en un instante, se lo aseguro —dice la mujer esbozando una sonrisa que le cuesta dibujar.

—Necesitamos una foto de su hija, lo más actualizada posible —dice el inspector mirando a Mónica y a Raúl.

—Ahora mismo les doy una —contesta la madre.

—No podemos descartar la posibilidad de que haya cogido un barco y se haya marchado —añade el inspector.

—¡Dios mío! Ojalá tenga razón y todo haya sido una locura —dice la madre mientras revuelve en su cartera —pero no sé... esa noche... Aquí está, tome —dice mientras entrega una foto de su hija al inspector. Éste examina a la joven que le devuelve una tímida sonrisa desde el papel. No se parece mucho a su madre, excepto por sus enormes ojos negros. El pelo castaño y liso le cae sobre

los hombros donde se puede apreciar la marca de un tatuaje.

—¿Y esto? —pregunta Hernán a la mujer que vuelve a tener los ojos anegados de lágrimas.

—Una de nuestras discusiones. Yo la veía muy pequeña para tatuarse pero, al final, para evitar que me volviese loca, accedí.

—¿Qué es? —pregunta Mónica.

—Un garabato... no sé, algo maorí o... ni idea. No creo que tenga significado alguno. Lo vio en Internet y ya está.

—Una última cosa: antes comenzó a hablar de esa noche. ¿Pasó algo extraño? —pregunta Hernán.

La mujer baja los ojos y retuerce el pañuelo que lleva entre las manos.

—No, nada en realidad. Fue una pesadilla que ni siquiera recuerdo, pero cuando desperté del sobresalto, estaba gritando.

—Pues, de momento, no la molestamos más. Intente descansar, señora —se despide Hernán.

—Adiós Raúl, hijo. Mónica, ahora te doy la lista de amigos de Clara. Adiós, inspector. Encuéntrala, por favor.

Hernán sale con Raúl a la puerta e inspira hondo. La gente cree que es capaz de hacer milagros. Ya le gustaría a él que todo fuera más sencillo y que esa misma noche Clara apareciese en la puerta de su casa, pidiendo perdón a su madre por haberse escapado. Pero su instinto le dice que esa niña nunca volverá. Sacude la cabeza para alejar tales pensamientos. No quiere hacerles caso pero llevan siendo una constante en su trabajo. Parece que pueda oler la desgracia.

—¿Está bien, señor? —pregunta Raúl.

—Sí, no te preocupes. ¿Hay algún sitio por aquí donde se pueda comer algo?

—Si acaso en el *Sharky*, no sé si habrán cerrado —contesta el policía mirando el reloj.

—Pues si está abierto, te invito a cenar.

—Gracias, inspector, no sé... yo..

—Oye, si tienes planes, no pasa nada.

—No, inspector, si es por no abusar —contesta azorado Raúl.

—Vamos, hombre, que no creo que el *Sharky* ese sea un restaurante de cinco tenedores.

—Uy, no, una hamburguesa, unos huevos... algo así.

—Pues ya está. Supongo que cerveza también tendrán, ¿no? —pregunta el inspector con sorna.

—Claro, señor, claro.

El restaurante aún está abierto cuando llegan. Los dueños charlan en unas mesas colocadas en mitad de la calle. Saludan efusivamente a Raúl, quien les presenta al inspector, y en poco tiempo están sentados ante un par de jarras de cerveza. Esperando las hamburguesas que han pedido, dan cuenta de la bebida y el inspector pide otra ronda.

—¡Qué tranquilo es este sitio! —dice Hernán dando un trago largo a su jarra.

—Sí, es una maravilla. En invierno un poco aburrido pero yo no lo cambio por nada —contesta Raúl con esa sonrisa orgullosa que se le pone cuando habla de su isla.

—¿Siempre has vivido aquí?

—No, siempre no. Cuando era pequeño venía en verano a ver a los abuelos. Vivíamos en Madrid. Pero mis padres... bueno, murieron en un accidente de tráfico y al quedarme solo me vine a vivir con la abuela. Mi abuelo ya había muerto entonces. Fue duro, tenía solo doce años, imagine. Y la abuela no era una mujer cariñosa, aunque fue muy buena conmigo. Después, cuando lo de la policía volví a Madrid, pensé que volver a mis raíces... pero no aguanté ni un mes. Me volví aquí y mi abuela me convenció de que tenía que estudiar, así que fui a Alicante y me gradué. Desde allí podía venir cuando quería, que eran casi todos los fines de semana —dice Raúl.

—¿Y después? —pregunta Hernán con interés.

—Bueno, pasé unos años aquí y allá, pero con la plaza pedida para Tabarca. En cuanto se jubiló uno de los policías de aquí, me trasladé. No tuve que pelearme con nadie —dice Raúl, soltando una carcajada.

—La verdad es que parece demasiado... demasiado tranquilo —dice Hernán echando una mirada a su alrededor. Las pequeñas calles, prácticamente vacías, acogen a alguna pareja de turistas que pasea sin rumbo, mientras algunas familias charlan a la puerta de sus casas. El nivel de ruido es mínimo y al inspector se le hace extraño no escuchar el constante ajetreo del tráfico de su ciudad.

—Sí, no es para todo el mundo —dice Raúl, dando la bienvenida a un par de hermosas hamburguesas.

Capítulo 3

Mónica cierra de un portazo la puerta de su casa. El día ha sido de auténtica mierda, y tiene que dar las gracias, de manera especial, al inspector Villanueva. ¿Qué se habrá creído ese imbécil que les ha tocado en suerte? *Pero no conoce a Mónica*, dice entre dientes, mientras se desnuda y abre el grifo de la ducha. El chorro de agua caliente, poco a poco, va llevándose los restos del aciago día. Se pone una camiseta de tirantes y unas bragas, y en la cocina prepara algo de cenar: una ensalada y un bocadillo tendrán que servir; no tiene cuerpo para más elaboraciones culinarias. Con su cena en una bandeja se sienta frente al televisor que, como siempre, falla en lo de entretenerla. La apaga, tirando el mando en el sofá, y decide cambiar la tele por música. *Sabia elección, nena*, se dice, mientras elige un CD de Eva Cassidy. *No estaría nada mal una copita de vino, ¿no te parece?* No puede dejar de pensar en el inspector, le trae demasiados recuerdos. Su vida en estos últimos dos años no se parece en nada a la que dejó atrás y no tiene interés alguno en revivir aquel pasado. La isla se ha convertido en su cura y la llegada del inspector ha revuelto un pasado que debería estar enterrado. Será que simplemente está dormido porque en cuanto lo vio, se le aparecieron ante los ojos las calles de Barcelona, su casa, Víctor, Pau y, sobre todo, las niñas muertas. No puede permitirse revivir la pesadilla, no sobreviviría. Echa un vistazo a los papeles del caso de Clara para intentar no pensar. Añade el listado que le ha dado María, la madre de la niña. A la mayoría de los chavales los conoce, al menos, de vista. Los informes siguen sin darle pista alguna sobre el extraño caso. A su pesar, tiene que reconocer que la idea del inspector sobre una posible fuga o reencuentro con el padre es buena. Sin embargo, no puede evitar el rechazo hacia el recién llegado. Su primera impresión ha sido nefasta: es un caradura y un prepotente que no le pondrá las cosas fáciles. Raúl, por el contrario, le ha acogido como si fuese su única salvación. Y en cierta medida, es así: necesitaban ayuda. En Barcelona las cosas eran distintas. Ella era subinspectora, tenía un jefe y un equipo, sabían lo que había que hacer. Pero aquí las cosas no funcionan igual. Además, dos años es mucho tiempo y bloquear los malos recuerdos implica olvidarse también del resto. Aunque Raúl se quedase boquiabierto ante el despliegue de órdenes que dio tras el aviso de desaparición de la chica, ella sabe que no está capacitada para llevar a cabo una investigación, entre otras cosas porque se derrumbaría. Tiene miedo, siente que Clara no está viva y no sabe si será capaz de volver a ver una niña muerta sin que su mente se resquebraje de nuevo. De todas formas, tras aquella primera organización, fue la propia Mónica la que le dijo a Raúl que necesitaban refuerzos. En Alicante no fue muy bien recibida la petición, una desaparición tampoco parecía para tanto. Parece que el inspector Villanueva les sobraba de repente porque a las dos horas habían llamado de la jefatura de policía avisando de su llegada. No sabe qué habrá hecho el inspector, pero algo bueno no puede ser. *Y nos mandan a la escoria, joder, no contamos para nada*, le dice Mónica a la negra pantalla del

televisor. Tras la cena, sale a su pequeña terraza a contemplar la luna y a fumar un cigarrillo. Le llega el suave murmullo de unas olas pequeñas y la brisa del mar le revuelve el cabello. No cambiaría estas noches por nada en el mundo. Cuando llegó a Tabarca traía consigo toda la negrura de la civilización. Odió la isla aquella primera noche en que añoraba el ruido del tráfico, de las ambulancias, los gritos de algún vecino, los basureros y la respiración de Víctor. El sanatorio en el que había pasado los últimos meses estaba situado entre montañas, pero allí, siempre drogada por prescripción facultativa, no había extrañado nada. Su mente vagaba en un mundo irreal, empastado, emborrachado. Fue al tomar contacto con la realidad, al volver a ser humana, cuando todo comenzó a tambalearse de nuevo. Durante aquellas horas volvió a ver la sangre y los ojos vacíos de vida de aquellas crías. Arañó las paredes, lloró, gritó y cuando creyó no poder más, tomó el bote de tranquilizantes y lo sujetó fuerte entre las manos. Era mejor morir que intentar sobrellevar otra vida. Salió a aquella terraza y entonces la luna se apareció ante ella enorme, llena, y el rumor de esas olas que hoy escucha calmó su mente y su alma. Se sentó en el suelo, con el bote todavía entre sus manos, y comenzó a llorar. Pero esta vez, las lágrimas limpiaban su pena y acallaban sus demonios. El amanecer la encontró dormida sobre el suelo del patio, las pastillas derramadas a su alrededor. A partir de entonces pudo seguir viviendo. No fue siempre fácil pero en la isla había encontrado una manera de seguir.

Apaga el cigarrillo y se va a la cama. *Mañana será otro día*, piensa un momento antes de dormirse.